

ILETRISMO

por
José VIDAL-BENEYTO

Cada vez somos más los que sabemos leer y menos los que leemos. Cada vez tenemos más tiempo disponible y menos razones, sociales, para leer. Cada vez perdemos más lectores y contamos con menos páginas leídas por lector. Esta reducción de la potencialidad genérica de la lectura, esta ruda contracción de la práctica lectiva son consecuencia de algunas características esenciales de la sociedad actual -imperio de la imagen, audiovisividad de la comunicación, credo de la recompensa inmediata, entre otras- que han abierto las puertas a una nueva forma de analfabetismo: el **iletrismo**.

Cabe decir que mientras la alfabetización convencional, que es función directa del desarrollo industrial, crece, desde una perspectiva mundial, de modo uniforme, la lectura, que expresa el nivel de desarrollo cultural, disminuye, también de manera uniforme e inexorable año tras año. Vamos a salir del siglo XX en la inopia icónica, súbditos felices del nuevo analfabetismo.

La aparente paradoja de nuestra situación consiste en que esta implosión de lectores se acompaña de una gran explosión de lo escrito. Una incontenible avalancha de grafía signica nos asedia: libros, anuarios, documentos, revistas, boletines, periodicos, tebeos, panfletos, carteles, cuartillas, pancartas, graffitis, mensajes, publicidades, por todas partes, en casa, en la calle, en el metro, en los estadios, en el notario, en los autobuses, en el dentista, en los hoteles, en los trenes, en todas partes. Se diría que el mundo es una inmensa página de papel impreso que nos envuelve y destina a la permanente función de insaciables devoradores de signos escritos.

Ahora bien, en realidad, estos signos intervienen más como iconos que como textos. Pues lo propio de este despliegue gráfico, es que apela a un uso elemental de la lectura, digamos a una alfabetización de primer grado, que se limita al desciframiento funcional de microtextos

Ahora bien, en realidad, estos signos intervienen más como iconos que como textos. Pues lo propio de este despliegue gráfico, es que apela a un uso elemental de la lectura, digamos a una alfabetización de primer grado, que se limita al desciframiento funcional de microtextos de condición primaria, cuando precisamente, este tipo de lectura comienza a ser, en buena medida, reemplazable.

En efecto, la generalización de los pictogramas, la sonorización de la mayoría de los mensajes destinados al público -informaciones de carácter general, instrucciones de uso, modos de empleo, etc. -sustituyendo en muchos de los intercambios sociales cotidianos, el escrito por la palabra; la impresión automática de cheques, logrando que las cajas registradoras hagan innecesaria la colaboración escrita de los particulares; las cartas magnéticas personalizadas, cumpliendo el cometido que antes tenían los formularios administrativos rellenos por los usuarios; y, en general, todas las otras funciones, que, ayer, reclamaban el escrito y que hoy, la combinación de lo audiovisual, la electrónica y la informática ha logrado asumir con plena eficacia, hacen que la alfabetización primaria haya perdido el carácter imperativo que tenía en épocas anteriores. Millones de trabajadores inmigrados han podido comprobar que saber leer y escribir ya no era tan indispensable para poder trabajar y vivir -a niveles elementales, claro- en un país extranjero.

Con todo, este grado cero de la lectura, a pesar de la disminuida necesidad que tiene en su ámbito, goza de buena salud. Por ello, lo que preocupa hoy no es la alfabetización sino la **lecturización**, para la que no disponemos de sucedaneos. Pues si la obligación general de aprender a leer establece una cierta igualdad de salida, los distintos decursos lectivos introducen una gran desigualdad de llegada. La lectura, elemento determinante de todo patrimonio personal de conocimientos, no es condición suficiente, pero sí necesaria del éxito profesional, del triunfo social. Por eso es tan preocupante que, en nuestro país, según los datos más fiables, cerca del 70 % de los españoles no lean, que 4 obreros de 5 y 7 agricultores de 8 no hayan leído nunca un libro por entero

y que, algo más del 65 % de los libros leídos provengan de la literatura rosa o policiaca.

Esa desafección por la práctica de la lectura se ve, además, reforzada por el embate que representa la desmitificación del libro, que, en su dimensión simbólica, han obrado de consuno, de forma sorprendente, la escuela y la instrucción primaria. Todos sabemos, y Bourdieu nos lo ha recordado hace poco, que el libro fué, durante siglos, arcano de secretos mágicos; acervo de formulas y de informaciones muy distintas, desde biológicas a sociales; guía y modelo de vida; depositario del saber en general, y de modo particular, del saber de salvación, como lo prueba el libro, por excelencia, la Biblia. Y que el sistema escolar, al banalizar, gracias a la alfabetización, el hecho de leer y escribir, cancelaba esa inapelable y universal capacidad de respuesta/solución a los problemas de la vida, que el libro había inaugurado y clausurando, definitivamente, su poder metatextual, su horizonte mítico. El aura mágica del escrito volvía a la palabra, que, unos decenios después, la compartiría con la esfera de lo icónico.

De aquí que sea fundamental devolver al libro y a la lectura su legitimidad propia, su potencia múltiple. La lectura es una necesidad. Pero la necesidad de la lectura, como todas las necesidades culturales, y, con carácter más amplio, de todas las prácticas y productos de la cultura, exigen la creencia social en esa necesidad, el reconocimiento mayoritario del valor de esa práctica y de sus efectos. Que hay que promover y crear. Leer que es dar sentido a un escrito, es una actividad que se inscribe en un proyecto. De orden muy diverso. Porque leemos para informarnos, para instruirnos, para saber, para poder hacer, pero, también, para distraernos, para evadirnos, para soñar. Por nuestro trabajo, por nuestra carrera, pero también por placer, por pasión.

Sin embargo esta pluralidad de motivaciones y destinos de la lectura sólo son posibles, a partir de cierto umbral de eficacia del ejercicio lectivo, que la lectura que llamamos vocal (la cual apela simultáneamente a la vista y al oído; utiliza dos códigos distintos: el de las letras y el de los fonemas; y se sirve de dos canales diferentes: las ondas luminosas y las sonoras) difícilmente alcanza. Por ello, el nivel inferior de la práctica lectiva habría

que situarlo en la lectura subvocalizada, en la que las informaciones leídas se transmiten, directamente por la vista, a los centros cerebrales, aunque la costumbre de vocalizar, de forma más o menos perceptible y consciente, el texto, parasite, en alguna medida, la transmisión y limite la velocidad de lectura a 13.000 palabras/70.000 signos por hora.

Hay que entrenar, pues, a nuestros lectores -niños y adultos- en la lectura visual, es decir sin participación alguna del sistema vocal y auditivo, suprimiendo los efectos perversos de la subvocalización y permitiéndoles alcanzar, con mucho menor esfuerzo, ritmos lectivos mucho más productivos. Pensemos que un lector visual medio llega, con facilidad, a 28.000 palabras/150.000 signos, por hora, o sea, más del doble que el lector subvocalizado, y que un lector visual rápido alcanza, en textos de normal dificultad y sin pérdida de información semántica, las 60.000 palabras/hora. En una sociedad de ritmo rápido, como la nuestra, sometida además a la competencia del inmediatez audiovisual, no podemos renunciar a este tipo de disponibilidades. Al lector, concernirá, por otra parte, administrar, con destreza, su uso y adecuar, con pertinencia, complejidad y riqueza semántica (Góngora, Husserl, Joyce) con velocidad de lectura.

En cualquier caso, hay que intentar conseguir el mayor grado de participación por parte del lector, suprimiendo las numerosas causas de bloqueo lectivo, aumentando el interés por la lectura, reforzando los estímulos de distinto orden que intervienen en su ejercicio para que este resulte lo más placentero posible. Como nos recuerda Goodman todo texto contiene tres niveles/modalidades de información (grafofonética, sintáctica y semántica) con criterios de legibilidad propios de cada uno de ellos y a los que corresponden distintos sistemas de estímulos. La calidad estética de las letras y de la composición, la armonía tipográfica, la belleza de la página son, entre muchos otros, estímulos grafo-fonéticos; la variedad, simplicidad/riqueza de las palabras, la organización de las frases y la articulación de los párrafos constituyen la base de la estimulación sintáctica; y el difícil equilibrio entre complejidad y accesibilidad del mensaje es la piedra de toque de la atracción semántica. La potenciación

de estos diversos estímulos, amén del feliz encaballamiento de los tres niveles informativos van a decidir la implicación del lector y a la postre la eficacia lectiva de cada texto o libro.

Añadamos que la lectura, práctica cultural sometida a un conjunto de determinaciones sociales, puede ser promovida mediante una serie de medidas sociopolíticas y socioculturales. Comenzando por el libro, cuya producción y difusión hay que apoyar, estableciendo una enérgica política en su favor, en particular de tipo fiscal, en la que si, por lo que concierne a Europa, hubiera que dar un sólo ejemplo, habría que citar la total supresión del IVA para una amplia gama de libros y su notable reducción para los demás.

En la Conferencia Europea de la Lectura, organizada, bajo el patrocinio del Consejo de Europa, por la Fundación German Sanchez Ruiperez y por la Asociación Internacional para la Lectura, en Salamanca, en 1987, se propuso, de forma unánime, la promoción de un **espacio europeo del libro y la lectura**. Espacio en el que ambos elementos, libro y lectura, aparezcan y se comportasen como dos dimensiones, como dos procesos indisolubles de una misma realidad y en el que pueda tener lugar un conjunto de acciones.

La primera, la más obvia, la de dotar de la mayor visibilidad y de la mayor accesibilidad posible al libro. El libro presente en todas partes. Extensión, pues, y mejora, de la estructura europea de bibliotecas públicas, apoyándose en la organización territorial de los Estados, desde la localización municipal que es básica -ni un pueblo europeo sin biblioteca- siguiendo la cadena y aumentando la ambición con ella -comarcas, provincias, regiones- hasta la función de "centro de excelencia" y de "clearing house" de la información y de la acción bibliográfica que deben cumplir las bibliotecas nacionales. Completándola con una cobertura privada, que sea emanación directa de la sociedad y que pueble de ámbitos permanentes de lectura todos los territorios sociales. Bibliotecas, microbibliotecas, libros a la mano en las empresas, en los hospitales, en los trenes, en las cárceles, en los aviones, en los hoteles, en las asociaciones voluntarias, en todas partes. Imaginando modos y formas que lo hagan posible.

Luego el libro como indicador de la calidad de vida de un país, la lectura como placer, el libro como prestigio. Leer, privilegio de una estricta minoría, ofrecido a la inmensa mayoría y la TV, instrumento por excelencia de la generalización de prácticas sociales, comprometida en esta tarea y en sus objetivos. Las nuevas tecnologías -electrónica, informática, teletransmisión- dotando de mucho mayor eficacia la gestión bibliotecaria y la consulta bibliográfica y haciendo posible la creación de la Biblioteca de Europa. No al modo de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en un sólo espacio y con una sola administración, sino instituyendo una vastísima red europea de bibliotecas, informatizadas e interconectadas entre sí, que confirmen en su función y refuerzen en su entidad cada una de las bibliotecas existentes, y que generen, al mismo tiempo, gracias a su interrelación, una fabulosa oferta de lectura en Europa. También la multiplicación de los centros de lectura y su animación a cargo de personas competentes, que las transformen en plataformas de la vida cultural, que espectacularicen la práctica lectiva y que hagan de la lectura un deseo necesario.

Finalmente la acción democratizadora de la lectura en una doble dirección: los lectores efectivos y las lecturas legítimas. Porque hay que abrir la lectura a todos, recuperando para ella a los excluidos y a los marginados sociales (personas de las clases sociales menos favorecidas, inmigrados, disminuidos físicos y sobre todo los invidentes) sirviéndose del hecho de leer para reforzar la igualdad y la cohesión social. Como hay que promover la lectura pluralista. El libro es poder (simbólico, desde luego) y por tanto el poder sobre el libro que confiere la lectura es poder sobre el poder que ejerce. Por esta razón hay que oponerse a la dictadura de la lectura única, al monopolio de las interpretaciones correctas.

Porque es evidente que todo texto apunta a una recepción específica, que el "auctor" quiere imponer su "auctoritas" y que a dicho fin se apoya en todos los recursos del escrito, desde el grafismo hasta las organizaciones sintácticas que son expresión de una incoercible voluntad de dominación. Pero esta tendencia a clausurar el horizonte del universo textual, a encerrarlo en sí mismo, esta pretensión a la universalización, al imperialismo

de una lectura particular, aunque sea la del escritor -a la que los protocolos de lectura prestan legitimidad científica-, es incompatible con la lectura plural, con la lectura creadora. No hay buenas y malas lecturas y la docilidad al monopolio interpretativo no debe de constituirse en criterio supremo. Al contrario el destino del libro es abrirse, su cumplimiento es el de libro abierto.